

« Que una la oculta, y otra la publica.
 « Entre un número inmenso de anécdotas,
 « De que me son ignotas
 « Al ménos ya las dos terceras partes,
 « Una me refirió que eternamente
 « Mientras que viva guardaré en mi mente.
 « De la mujer las engañosas artes
 « Cual yo veréis, veréis su desvergüenza;
 « Mi historia pues, si os place, así comienza :
 « Nada, » dice el de Argel, « nada contemplo
 « Capaz de darme agora mas agrado
 « Que una historia ó ejemplo
 « Conforme de mi espíritu al estado.
 « Para oirla mejor sentarme quiero
 « A tu lado y mirarte atentamente : »
 En el canto siguiente
 Sabréis lo que le dijo el posadero.

CANTO XXVIII.

Cuenta un posadero á Rodomonte la curiosa historia de Jocundo.
 — Embárcase el rey de Argel en el Sona, y llega por el Ródano
 á Montpellier. — Éntrase en una ermita situada junto á esta
 ciudad, y encuéntrase allí á Isabel, de quien se enamora.

A vosotras, ó damas,
 Y á los hombres que os miran con aprecio,
 Ruego que de un ignaro quitafamas
 No presteis atención al cuento necio.
 Daros no puede ni quitaros gloria
 Lengua tan vil, pues es verdad notoria
 Que cuando el vulgo censurar pretende,
 Habla siempre de aquello que no entiende.
 Dejad pues este canto, si molesto,
 Damas, os es. Mi historia
 Ménos completa no será por esto.
 Pues lo pone Turpin, aquí lo he puesto

Yo sin mala intención ni fin siniestro.
 De mi amor cada día
 Puebas os doy, y en la conducta mia
 Claramente os demuestro
 Que fui, que soy, que he de ser siempre vuestro.

Tres hojas pues ó cuatro
 Saltad, ó bien, si las leéis, os ruego
 Las mireis como farsa de teatro,
 O del ingenio humano como un juego.
 Mas á mi asunto torno,
 Y el cuento oid que, falso ó verdadero,
 A Rodomonte refirió el ventero.

— Trocando el ruido mundano
 Por la paz de una abadía,
 Colocó de Lombardia
 En el solio soberano
 Un rey á Astolfo su hermano.
 De este Astolfo tan preclara
 Era la belleza rara,
 Que de Zéuxis ni de Apéles
 El vigor de los pinceles
 A imitarla no bastara.

Bello, bello es en verdad;
 Mas iluso se figura
 Mayor aun su hermosura
 De lo que es en realidad.
 Al hablar de su beldad
 Se trastorna su cabeza,
 Y, halagando esta flaqueza,
 Se le entusiasma de modo
 Que olvidar se le hace todo,
 Cetro, poder y riqueza.

De todos los de la corte
 De Astolfo era el predilecto
 Un romano, á quien, de afecto
 En medio á vivo transporte,
 Dice un día : « ¿ En rostro ó porte
 « Conoces tú, Fausto amigo,

« Quien rivalice conmigo? »
 Y no es poca su extrañeza,
 Cuando oye á Fausto que empieza
 Así su discurso : « Digo,
 « Digo, y en razon lo fundo,
 « Pocos tus rivales son;
 « Mas uno hay que en mi opinion
 « Es al ménos tu segundo :
 « Este es mi hermano Jocundo. »
 De verle en ansia el rey arde,
 Y sin que ni un hora aguarde,
 Ruega á Fausto marche á Roma.
 Sus órdenes este toma
 Y parte en la misma tarde.

Bien ve Fausto cuanto es grave
 El empeño que ha tomado,
 Pues, de Roma acostumbrado
 Jocundo al vivir suave,
 Si querrá dejar no sabe
 Su ventura y su alegría,
 Por emprender á Pavia
 Un viaje que él considera
 Mas largo que otro cualquiera
 La vuelta de Cafrería.

Y á complicarse esto viene
 Con su afecto por su esposa,
 Que le veda emprender cosa
 En que ella placer no tiene.
 Fausto, no obstante, se aviene
 A servir sin replicar
 Al rey, que sabe agregar
 Al ruego dones y ofertas.
 Parte; de Roma á las puertas
 Llega, y al paterno hogar.

Allí ruega, insiste tanto
 Con Jocundo, que este cede.
 Tampoco resistir puede
 La esposa, y, vertiendo llanto,

Consiente en fin. Entre tanto,
 Resignado al sacrificio,
 Forma Jocundo su tropa,
 Y manda hacer rica ropa,
 Lujo á la beldad propicio.

Llena de ansia, de impaciencia,
 La esposa en su derredor,
 Exhalando su dolor,
 « ¿Cómo, » dicele, « en tu ausencia
 « Sobrellevar la existencia?
 « Solo al pensarlo, deshecho
 « Siento ya cual de mi pecho
 « Se arranca mi corazón. »
 Él le dice : « Sin razon
 « Te afliges y sin provecho.

« Dos meses es, vida mia,
 « El término que fijé,
 « Que exceder no quiero, aunque
 « Me ofrezca el rey por un día
 « La mitad de Lombardia. »
 Este término halla largo
 Ella, y vierte llanto amargo.
 ¡Oh instante fatal! ¡cuál pesa
 A Jocundo su promesa,
 Que va á cumplir, sin embargo!

Un collar de su garganta
 Su esposa en esto se quita,
 Do se ve una crucecita
 De perlas, reliquia santa.
 Por obtenerla, ¡oh Dios! ¡cuánta
 Tierra vió, cuánto camino
 El bohemio peregrino,
 Que, del Levante al volver,
 Del padre de esta mujer
 Bajo el techo á espirar vino!

De su padre ella heredó
 Mas tarde esta joya rica,
 Que hoy á Jocundo suplica

Por su amor acepte. « Yo, »
 El esposo respondió,
 « Acepto esa crucecita,
 « Que contemplaré en mi cuita
 « Cual un título de gloria,
 « No como el de una memoria
 « Que mi amor no necesita. »
 La noche que precursora
 Fué del instante angustioso,
 En los brazos de su esposo
 Espira ella casi. Una hora
 Antes que la blanca aurora
 Muestre su luciente llama,
 « A Dios » diciendo á la dama,
 Jocundo á caballo monta,
 Y parte, mientras ella pronta
 Vuelve á sumirse en la cama.
 Dos millas ha recorrido
 Apenas Jocundo, cuando
 El medallon recordando
 Que ha dejado por olvidado
 Bajo su almohada escondido,
 « ¡ Misero, » dice, « de mí!
 « ¡ Con qué cara vuelvo allí,
 « Y á mi esposa me presento,
 « Cuando tan culpable siento
 « Que de indiferencia fui?
 « ¡ Cuál pretexto, ¡ oh Dios! daré
 « Que pueda ser de algun peso?
 « ¡ Mandar á alguno? ¡ Ah! no; eso
 « Fuera gran locura á fe.
 « En persona pues iré. »
 Dice, y habla con su hermano,
 Que por su orden, piano, piano,
 Mientras él vuela hácia Roma,
 Con su gente el rumbo toma
 De la venta de Bacano.
 Jocundo, que allí debía

Volver á unirse con Fausto,
 De fatiga casi exhausto,
 Las aguas del Tiber via
 Al arrebolarse el día.
 Entra en Roma, pasa el puente,
 Va á su casa, y diligente
 Sube al cuarto de su esposa,
 Que en el tálamo reposa
 Dormida profundamente.
 La cortina alza sin ruido,
 Y, en incrédulo transporte,
 A su cara infiel consorte
 De un mozuelo mal nacido
 Enredada al cuello vido.
 Lleno de dolor y furia
 Poner á esta opinion espuria
 Fin medita con su espada,
 Mas la vista de su amada
 Le veda vengar su injuria.
 Y de modo le avasalla
 El violento amor que siente,
 Que en llamarla no consiente
 Por temor de avergonzalla.
 Contienese pues y calla;
 Lleno de angustia cruel
 Sale, monta en su corcel
 Y con tal ansia á Bacano
 Corre en busca de su hermano,
 Que llega casi con él.
 Bien ven todos cuan inquieto
 Llega el jóven; mas ninguno
 Osa, con zelo importuno,
 Preguntarle su secreto.
 ¡ Quién dijera que á Corneto,
 En vez de ir á Roma, fué!
 Bien fácilmente se ve
 Que de su extraño dolor
 La sola causa es amor,

Mas nadie sabe el porqué.

Piensa Fausto que á su amada
El dejar sola le oprime,
Mientras que él de verla gime
Demasiado acompañada.
Fija en tierra la mirada,
Afligido, moribundo,
Inmóvil está Jocundo;
Mas, las causas ignorando,
Va en vano Fausto buscando
Remedio á este mal profundo.

Por cicatrizar la llaga
Afánase del hermano,
Y en ella con cruda mano
Mas y mas clava la daga.
La afliccion el gusto estraga
A Jocundo. En su cabeza
Sus ojos ya sin viveza
Se sumen, su nariz crece,
Y cual humo desaparece
Su elegancia y su belleza.

Mas tarde una una fiebre acerba
Junto al Arno le detiene,
Cuando de beldad no tiene
Mas que el rastro que conserva,
Segada al sol, fresca yerba.
Doblemente á Fausto pesa
Su mal cumplida promesa;
Siguiendo empero su via,
Hasta llegar á Pavia
De caminar nunca cesa.

Llega allí; mas no queriendo
Mostrarse al rey de improvisó,
Le da por cartas aviso
De su venida, añadiendo
Que, unida á un pesar horrendo,
Una aguda calentura
De su hermano desfigura

El rostro de tal manera,
Que, no siendo el que ántes era,
A irle á ver no se apresura.

La llegada de Jocundo
Escucha el rey con placer,
Que para él no puede haber
Contento igual en el mundo.
Al mirarse sin segundo,
Por el pronto extraño goce
Siente; pues no desconoce
Que acaso será el primero
Aquel, cuando dolor fiero
Su corazon no destroce.

En su palacio lo aloja,
Dia y noche lo visita,
Dale cuanto necesita
Por desterrar su congoja.
No empero por eso afloja
De Jocundo el sufrimiento;
Ni del triste pensamiento
Las imágenes funestas,
Entre músicas y fiestas,
Huyen un solo momento.

En el fondo de la casa
Se halla un inmenso salon
Do, entregado á la pasion
Que su alma aflige y abrasa,
Horas y horas solo pasa.
;Oh extraña vicisitud!
Mientras aguarda el ataud,
Allí estupendo espectáculo
Viene á servirle de báculo
Y le torna la salud.

Desde un rincon de esta sala
Que está mas que el resto oscuro,
Por una grieta del muro
Que las luces desigual,
El resplandor ve que exhala

Una cámara vecina
De belleza peregrina,
Donde un raquíto enano,
Con la reina mano á mano
Al templo de amor camina.

Estupefacto Jocundo,
Juzga del sueño un capricho
Lo que ve, cuando á aquel bicho
Mira asqueroso é inmundo
Del rey mas bello del mundo
Gozar á la bella esposa.
Pronto el recuerdo le acosa
De la suya, mas se temple
Su dolor cuando contempla
La faz de aquel monstruo odiosa.

Dice que el ser inconstante
Del sexo siendo la culpa,
La infidelidad disculpa
De su esposa, que un amante
Jóven tomó y rozagante.
A los mismos sitio y hora
Al enano y su señora
Volver uno y otro dia
Nota, y nota que él se enfria
Mientras ella se acalora.

Entre otras, una mañana
Ella, que triste yacia,
Dos veces por él envia.
Él no viene, ella se afana.
Vuelve á mandar (cuita vana)
A una doncella. Soez
El bicho con altivez
Responde: « Pierdo una blanca,
« Y de aquí nadie me arranca
« Si no la gano otra vez. »

Atónito oye Jocundo
La respuesta del rapaz,
Que, cual bálsamo eficaz,

Calma su dolor profundo.
Gordo, alegre, rubicundo
Se muestra á poco, y al fin
Bello como un querubin.
De este el rey ve la mudanza,
Mas el motivo no alcanza;
Que á su faz vuelve el carmin.

Viva ansia Jocundo tiene
De decirle cuanto sabe;
Mas teme que si esta grave
Injuria á conocer viene,
Su cólera no refrene.
Así pues le hace jurar
Que, en ningun tiempo ó lugar,
A dadie dará castigo
Por lo que él hoy, como amigo,
Le promete revelar.

Astolfo, que de este asunto
Ni sospecha tiene, jura;
Y su propia desventura
Narrando punto por punto,
« Un gran consuelo barrunto, »
Dice Jocundo, « el cual es
« Que en bello alcázar, despues
« De mi oprobio, un compañero
« He encontrado, caballero,
« Ilustre, apuesto y cortes. »
Dice, y al rey en el acto
Conduce hácia la rendija
Donde, por mas que le aflija,
Coge á su esposa, *ipso facto*.
Confundido, estupefacto,
En su despecho violento,
Va á romper su juramento;
A gritar va; como loco
Gira, y lanzárase á poco
Contra el muro ó pavimento.

Dentro el pecho, sin embargo,

Pronto encerrando sus quejas,
 « Amigo, ¿qué me aconsejas, »
 Dice, « en trance tan amargo?
 « Yo, » exclama el otro, « me encargo
 « De aliviar tu cuita acerba;
 « Abandona á esa proterva,
 « Y probemos si á los otros
 « Es tan fiel como á nosotros
 « La femenina caterva.
 « Jóvenes, ricos, no creo
 « Qué de amarnos se avergüence
 « Mujer voluble, á quien vence
 « Hombre ignaro, pobre y feo;
 « Desde hoy pues nuestro recreo
 « En atacarla miremos;
 « De este modo olvidaremos
 « Las que nos fueron infieles,
 « Y, cubiertos de laureles,
 « A su lado tornaremos. »
 Acepta Astolfo; y dos pajes
 A la escolta de Jocundo
 Agrega, que dar al mundo
 La vuelta piensa en sus viajes.
 Así, mudando de trajes,
 Flándes, Inglaterra, Italia
 Recorren y toda Galia,
 Siempre conquistas haciendo,
 Y al amor siempre pidiendo
 Recompensa ó represalia.
 En este un mes, en aquel
 Reino dos meses se paran,
 Y en todo el mundo declaran
 Que no existe mujer fiel.
 Mas les cansa este papel,
 Que puede serles funesto;
 Un marido mal dispuesto
 Es harto fácil de hallar,
 Y á ajena puerta llamar

Tan á menudo es expuesto.
 « Así pues, » dice el rey, « una
 « Que nos agrade á los dos
 « Tomemos, que, vive Dios,
 « Tu compañía importuna
 « No me es mas que otra ninguna.
 « Y pues que satisfacer
 « No es posible á una mujer,
 « Unámonos sin querella,
 « Buscando en la misma bella
 « Los dos el mismo placer. »
 Agrada al jóven romano
 Del rey la proposicion;
 Por llevarla á ejecucion
 Dan muchos pasos en vano.
 Del monte corriendo al llano
 Llegan al fin á Valencia,
 Do hallan una conveniencia
 De un posadero español
 En la hija, como un sol
 Hermosa, mas sin herencia.
 El posadero, cargado
 De deudas y de familia,
 A los jóvenes auxilia
 En el plan que han concertado.
 De bueno pues ó mal grado,
 Ella viene; y por su turno
 Con ella en juego nocturno
 El uno de ellos se place,
 En tanto que el otro yace
 Inmóvil y taciturno.
 Toda España á recorrer
 Dispuestos, hacen parada
 De Játiva en la posada.
 La ciudad van luego á ver,
 Mientras su comun mujer
 Queda en casa con los pajes
 Que cuidan de los bagajes,